

“No veo ninguna crisis” Entrevista a Myriam Jimeno

**“I Don’t See Any Crisis”
Interview With Myriam Jimeno**

**“Não Vejo Crise Nenhuma”
Entrevista com Myriam Jimeno**

Andrés Góngora¹

La influencia de Myriam Jimeno en la antropología hecha en Colombia y en América Latina es decisiva. En 1993 fundó el Grupo Conflicto Social y Violencia del Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Desde allí y desde su cargo como profesora del Departamento de Antropología, dirigió cientos de tesis e investigaciones con un particular modo de trabajo centrado, entre otras cosas, en el cuidado y la exigencia metodológica. Además de ocupar importantes cargos administrativos en la Universidad y en el país, formó parte de una generación de antropólogos y antropólogas que vio surgir el poderoso movimiento indígena en la década de 1970, la Constitución de 1991 que cambió el modelo de nación y permitió avances indiscutibles en términos de reconocimiento de derechos para los pueblos étnicos y, más recientemente, los acuerdos de paz entre el Gobierno nacional y las FARC-EP.² Su impronta en la antropología tiene que ver, principalmente, con una manera particular de entender la violencia desde una perspectiva radicalmente etnográfica, rescatando el sentido que la gente le atribuye al sufrimiento, pero también, la manera en que las personas reconfiguran su vida social y afectiva tras los quiebres y rupturas producidos por la guerra. En esta búsqueda Jimeno le ha dejado herramientas importantes a la antropología para entender los agudos conflictos sociales

¹ Profesor del Departamento de Antropología y director del Centro de Estudios Sociales. Universidad Nacional de Colombia. Correo: algongoras@unal.edu.co.

² Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Fue la guerrilla más longeva de América Latina. Duró aproximadamente 52 años, desde 1964 hasta el proceso de paz de 2016.

que continúan agobiando a nuestros pueblos: el papel de las emociones en las luchas políticas de las víctimas y la importancia de una ética social del reconocimiento, central para construir nuevos arreglos sociales.

En el año 2006 Jimeno publicó un libro que comenzó a escribir desde los años 70. Según cuenta, fue el profesor Andrés Salcedo quien la invitó a recuperar el material por su importancia histórica. La obra narra la historia de uno de los fundadores del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) (Jimeno, 2006 y 2014). La introducción siempre me ha parecido útil pues resume muy bien la importancia de las historias de vida y de los relatos biográficos en antropología: tejer una trayectoria personal con las tramas históricas, políticas y culturales que hicieron posible ciertos encuentros, ciertos nudos que afectan y transforman la existencia y el devenir de los colectivos. La entrevista que presento a continuación, realizada en la Universidad Nacional entre los meses de septiembre y diciembre de 2025, tiene un propósito mucho más modesto: contribuir a la historia de nuestra antropología mostrando que, pese a su innegable herencia colonial, en nuestros países se ha hecho de otra forma y que ha cambiado, tal como cambia la gente y tal como cambia la cultura, contribuyendo a la formación de Estado, mezclándose con otras disciplinas y expurgando como ninguna otra ciencia social sus problemas éticos, sus herramientas y su manera de construir conocimiento con sus interlocutores. Pero tal vez lo más interesante de este relato es entender que, como todos nosotros, Myriam fue una vez estudiante de una universidad a la que ingresó sin saber muy bien qué hacer y encontró allí una ciencia rara que estudiaba lo exótico y que le cambió la vida.

El frío de Los Andes

Góngora

Profe³, para empezar, me gustaría recrear su experiencia como estudiante en la Universidad de Los Andes. Luego podemos hablar un poco sobre el ambiente intelectual de la época y desde allí a reconstruir esa primera parte de su trayectoria académica, su primer trabajo de campo y su encuentro con el naciente movimiento campesino.

Jimeno

Yo entré a los Andes bastante desorientada sobre qué iba a estudiar en el segundo semestre de 1966. En Los Andes en ese momento ofrecían una cosa que se llamaba Estudios Generales, que podían ser tres o cuatro semestres. Allí usted tomaba los créditos básicos obligatorios: idiomas, humanidades y cursos de historia y matemáticas que eran obligatorios para cualquier carrera. Así entré yo a Los Andes, que era en ese entonces una pequeña universidad, no era la universidad que es hoy en día.

La antropología había empezado en 1966 pero yo no entré directamente a la carrera sino a Estudios Generales. Era una universidad tranquila, pequeña, donde la mayoría de los estudiantes se conocía. La universidad tenía fama de elitista, aunque no era tan costosa. Y a esa universidad habían entrado otros compañeros míos del colegio Helvetia, a varias carreras y

3 Coloquialismo con que se nombra a profesores y profesoras de la Universidad Nacional. Se usa tanto en instancias administrativas como académicas. Evoca confianza y autoridad a la vez.

eso me daba cierta confianza. Yo no sabía qué estudiar, pero tenía una cierta inclinación por la biología, entonces tomé cursos de biología y en el segundo semestre, en los créditos generales, había una materia llamada “introducción a la antropología” que dictaba un español que había venido a Colombia con su mujer. Él se llamaba José de Recasens y fue uno de los iniciadores de la antropología en el país. La clase era, digamos, un receptáculo de estudiantes despistados de todas las carreras. Había varias clases así. La biología, la fui descartando porque tenía una exigencia altísima en matemáticas, y odié el profesor de matemáticas de allá. Yo no entendía nada de lo que me decía, pasaba los cursos, pero no entendía, entonces dije “la biología no es lo mío”. Y José de Recasens tenía una característica que era mostrar la variedad de la cultura humana. Y entonces usaba los ejemplos más exóticos, más contrastantes, sobre las costumbres humanas. Era muy divertido. Una cosa que nos atraía sobre todo a las mujeres era cuando preguntaba, ¿Por qué las mujeres de hoy en día, (porque él sí hacía la conexión con la cultura del momento, de los años 60), se maquillan? Y ¿qué era entonces la pintura corporal, en a, b, c, o d cultura? Recasens ilustraba, era un gran dibujante. Tenía un programa de televisión divulgativo y ahí también dibujaba, y todo eso me empezó a parecer interesantísimo, porque hablaba de la guerra y las costumbres. Explicaba cómo era la organización social humana, e iba mostrando aspectos y variaciones. Es decir, la idea era comparar culturas, lo que era la antropología del momento.

Góngora

¿Y él llegó con Paul Rivet?

Jimeno

No, él vino como refugiado de la Guerra Civil Española y no tenía nada que ver con Rivet. Recasens enseñaba lo que podríamos llamar “culturalismo”, estaba fuertemente influenciado por la antropología norteamericana. Entonces pensé, escuchándolo, que lo mío era la antropología. Y comencé a tomar un curso especializado. Se trataba de una clase de Arqueología de Colombia dictada por el profesor Reichel-Dolmatoff. La Universidad de los Andes vivía todavía en otra época, en los antiquísimos edificios que habían sido el manicomio de locas. Eran casas de teja de barro, con techos altísimos, absolutamente heladas y oscuras. Los salones los habían adecuado. Había un primer edificio moderno en la entrada, pero al subir las escaleras todo estaba flanqueado por viejísimas casas, que iban subiendo el cerro. Los auditorios los habían adecuado un poco. Eran casas grandes, con un descenso, de manera que el profesor estaba distante, en una tarima. Y el profesor Reichel era una figura imponente. Obviamente no interactuaba con los estudiantes, olvídense de eso. Él daba la clase, leíamos el libro de él, Arqueología de Colombia, una obra muy apreciada en la época. Y a nadie le preguntaban si sabía o no inglés, toda la literatura, incluyendo en Arqueología de Colombia, estaba en esa lengua, y él daba una gran clase magistral sobre la investigación: primero los períodos en que los arqueólogos clasificaban la historia prehispánica, y luego, la cosa más específica de cómo hacer excavaciones, y había que leer unos libros de arqueología de campo. Y yo dije: ¡uy no! Eso me pareció terrible.

Góngora

¿Y todo el material era fotocopiado? ¿Con qué estudiaban?

Myriam

Pero por favor, no existían las fotocopias. Estudiábamos con textos que la propia librería de Los Andes, cuando eran de fuera, importaba. Y uno compraba esos libros. Era carísimo, aunque muy organizado. Los Andes traía los libros, y usted iba a la librería y compraba la lista de lo que le habían dicho que había que leer, y la mayoría eran libros en inglés. Bueno, algunos eran los que ya había publicado Reichel, aunque ya estaba la Revista Colombiana de Antropología y la Revista de Folclor, eso era más o menos accesible, pero olvídense, no había fotocopias. Pero bueno, sigamos, la clase de arqueología con Reichel era muy intimidante, tenía dos monitores que tampoco nos trataban mucho que eran Inés Sanmiguel y Álvaro Soto, los primeros estudiantes que habían entrado a la carrera de antropología. En fin, era una universidad jerárquica y distante, y el ambiente helado de Los Andes no ayudaba demasiado.

Entonces empecé a dudar, porque eso de la arqueología no me pareció muy divertido. Pero volví a tomar otra clase con Recasens. De nuevo esta exposición erudita sobre la variedad de las culturas humanas, sobre distintos aspectos de la organización social, y eso sí me atrajo. La parte de la antropología sobre la diversidad humana fue la que me capturó, desde el punto de vista que hoy podríamos llamar exótico. Probablemente eso tocaba, eso no lo sé, un aspecto vital mío, en el sentido de que yo me había criado y educado hasta los siete u ocho años en una finca, donde los únicos niños que existían eran mis hermanos y los hijos de los trabajadores y teníamos una maestra que iba a darnos clase a todos.

Teníamos una vida rural bastante aislada, probablemente eso pudo influir en mi interés por conocer cómo viven otras gentes, yo creo que tenía mucho interés en los campesinos. Y con el tiempo, claro, vinimos a Bogotá, y entramos al colegio suizo y hubo otro choque cultural, aprender francés, conocer a los suizos, que eran unos especímenes muy particulares, y probablemente algo de mi interés tuvo que ver con las clases de geografía humana, porque tuvimos excelentes profesores en el colegio que de alguna manera también nos mostraban eso. En definitiva, me quedé en antropología. Y no tuve más clases con Reichel pues la verdad no me atraía mucho la arqueología. Nunca me gustó esa cosa tan jerárquica que mostraba. Pero ya era el año 1967, y en el 68 hubo una gran agitación.

Góngora

Cuénteme de esa agitación, por favor.

Jimeno

Yo estaba recién entrada a antropología. El año 68, sabemos, es el año icónico de los movimientos estudiantiles del mundo. Y Colombia era parte del mundo. O sea, a pesar de que no hubiese Internet, estábamos absolutamente al tanto de qué pasaba en los movimientos estudiantiles de los Estados Unidos, donde confluían dos grandes vertientes de crítica cultural: uno que era el *hippismo*, que criticaba los valores consumistas, la relación con las drogas y la manera en que se entendían la sexualidad y el amor. Pero también había movimientos más políticos que estaban influenciados por el marxismo. Estos estaban en ascenso y querían tomar el poder, porque en ese momento todavía se pensaba que ocurriría en todo el mundo una

revolución socialista. Y esos movimientos más políticos, en el caso de los Estados Unidos, criticaban la guerra de Vietnam. Y hacían enormes manifestaciones para que los Estados Unidos se retirara de ese conflicto.

También estaban los movimientos culturales en Francia y en Alemania que criticaban la jerarquización en la educación. El eje era criticar la educación jerárquica, y todo eso se junta con los movimientos de rebelión política. Aparecen entonces grupos armados no en Francia, pero sí en Alemania donde hubo ese tipo de movimientos que hacían secuestros, que robaban bancos, que hacían atentados, que ponían bombas. Los más importantes estuvieron en Alemania, aunque también en Italia, donde incluso secuestraron y mataron al Primer Ministro Aldo Moro.

Quiero decir, el 68 y el 69 fueron muy agitados en el mundo juvenil, tanto desde el punto de vista de la crítica a los hábitos establecidos, pero también desde el punto de vista político, como una especie de horizonte socialista. Y eso llega al Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes.

Góngora

Cuando estábamos mirando su archivo vimos que, entre otras cosas, había una circulación muy importante de información de movimientos sociales, patrocinada por Cuba, por China y por la Unión Soviética, que realmente llegaba a todo lado.

Jimeno

Eran impresos y correo. China distribuía gratuita y masivamente *Pequín Informa*, y la revista en papel de arroz, también distribuía almanaques; y otro tanto hacía Cuba, que era otra línea política, o sea, distribuía *Granma*. Y a Colombia llegaba toda esa literatura por correo, impresa masiva y generalmente gratuita. De manera que los estudiantes de la Universidad de los Andes, conocíamos esa literatura, por supuesto, unos más, otros menos, pero era una cosa que circulaba y que se comentaba.

Hubo también otro elemento. Los movimientos auspiciados por la teología de la liberación, porque hubo en la Universidad de los Andes, jóvenes que pertenecían a juventudes católicas y que estaban influidos por todo ese movimiento. Tuvo algunos líderes grandes, aunque su centro podía estar en Brasil y en otros lados, en Colombia tuvo varios obispos y sacerdotes relacionados con ese movimiento. Lo que quiero decir es que confluían muchos movimientos críticos que, insatisfechos con la sociedad del momento, con el consumismo, con sus hábitos morales, pero también de crítica política, con la idea de que estábamos *ad portas* de la revolución socialista.

Entonces, digamos, que todo eso se fue multiplicando, pero muy lentamente. Y en el pequeñísimo y novísimo departamento de antropología de Los Andes, de 20 o 30 estudiantes, la mayoría mujeres, la insatisfacción se tradujo en una crítica frente a los Reichel⁴ por qué nosotros no conocíamos ningún movimiento social, por qué no había una suficiente reflexión sobre lo que pasaba en la sociedad colombiana, todavía no se sabía exactamente lo que pasaba con el movimiento indígena, todo era muy vago en el caso de Los Andes. Porque en la Universidad Nacional había otra gente y todo pasó de otra manera. Pero en Los Andes la protesta fue contra

4 Referencia a Gerardo Reichel Dolmatoff y a Alicia Duzán de Reichel, esposos, antropólogos y profesores de la Universidad de Los Andes.

el autoritarismo de los profesores y porque no nos traían profesores que nos hablaran de la realidad colombiana. Reichel reaccionó mal a esas críticas, y la dirección de la Universidad, que no simpatizaba tanto con el dinero que tenían que invertir en profesores para una nueva carrera con pocos estudiantes, aprovecha y lo presiona. Desconozco los detalles, pero el resultado de eso fue que al poco tiempo el profesor renunció.

Reichel se va con la mayoría de los profesores, incluido Recasens, dejando un departamento sin docentes. Llegó entonces un brasileño que se encargó del Departamento por un tiempo, Egon Schaden, que venía de la universidad de São Paulo, llegó Jon Landaburu, a encargarse del área de lingüística y luego una inglesa totalmente exótica que había venido a Colombia a hacer su tesis llamada Anna Osborn. En fin, ya en ese entonces comenzamos a leer estructuralismo, pero de manera informal lo que interesaba era la complicada literatura marxista. Se forman entonces grupos de estudiantes que crean reuniones y animan las primeras huelgas en Los Andes. Hubo una huelga importante en esos años, tal vez en 1969, contra las matrículas. Fue promovido por activistas de grupos políticos, básicamente del MOIR.⁵ Ahí había varios de los que fueron iniciadores del MOIR, algunos estaban en el Departamento de Antropología. Todos nos sentamos en las escaleras, hasta que al fin el rector negoció alguna cosa.

Ann Osborne nos trajo la literatura británica, y empezamos a leer obviamente a Malinowski, Radcliffe-Brown, Evans Pritchard, Firth y Gluckman. Y yo empecé a entenderme muy bien con Ann, y me propuso que hiciera la tesis con ella. Ann estaba estudiando en Nariño a los indígenas que en ese momento se llamaban *cuaiquer*, y que hoy en día se denominan *awá*. Ellos estaban en el suroriente del departamento de Nariño, en un municipio que se llamaba Altaquer, y en otro que se llamaba Ricaurte. Anne reclutó a cuatro estudiantes para acompañarla en su trabajo de campo. La idea era quedarnos cinco meses, o seis para realizar un estudio comparado. Ella quería hacer algo parecido a lo que hacía Robert Redfield, áreas culturales y estudios de pequeñas comunidades. Varios compañeros se fueron para distintos municipios y yo me quedé en la vereda de Las Vegas, para estudiar a los campesinos, basada en la idea de los ciclos de vida y en los cambios en la organización social de Meyer Fortes.

Góngora

Claro, porque la antropología británica era más centrada en el parentesco que en la cultura.

Jimeno

Sí, en la organización, como quién se casaba con quién, quién vivía con quién, cómo eran las reglas de la herencia, cómo eran las reglas del parentesco, cómo era el parentesco simbólico, o sea, el compadrazgo. Y también, empezaban a llegar las discusiones sobre qué es un campesino, pero no había marxismo todavía.

Durante ese trabajo de campo uno de nuestros compañeros se accidentó. Y Ann se adentró en su trabajo de campo en uno de los municipios cercanos. Total, nos dejó solas a Doris Levin y a mí, yo en una vereda y ella en un pueblo. Y ahí estuvimos seis meses y produjimos nuestras tesis, una sobre campesinos de la vereda de Las Vegas, municipio de Altaquer y la otra sobre el pueblito. Ann sólo escribió 10 años después su investigación en el famoso libro sobre los awá.

5 Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario.

En febrero del 1971 yo me gradúo junto con Doris de Los Andes y empiezo a buscar qué hacer.

De funcionaria a profesora

Góngora

Hablemos ahora de la relación con la organización campesina que estaba floreciendo en esa época. Estaban los focos de estudio de la naciente IAP⁶, de toda esta gente que va a trabajar con la ANUC⁷ a finales de los 60. ¿Cómo era ese panorama y cómo se empieza a relacionar con estos movimientos sociales? ¿Cómo lidiaban con el marxismo ortodoxo que no era muy afín a los campesinos sino a la lucha proletaria?

Jimeno

Yo hacía mi trabajo de campo en la vereda de Las Vegas que estaba a dos horas a pie del pueblo de Altaquer. Para comunicarse con el exterior no había otra opción que caminar hasta el pueblo para encontrar un teléfono. Eso era realmente una inmersión de campo. Cualquier día estaba yo en esa remotísima vereda con la familia con la que vivía, cuando de pronto llegó un grupo de personas diciendo que si queríamos asistir a un encuentro que iban a hacer unos campesinos de la vereda. Y, lógicamente uno de antropólogo asiste a todo, todo lo ve, y todo lo prueba. Entonces acepté. Y luego supe que se trataba de una reunión para crear la Asociación de Usuarios Campesinos.

Estamos en 1971, allá en Nariño, y había un funcionario del INCORA⁸ que estaba explicando qué eran los *usuarios*, para qué servían, por qué era importante, por qué debían afiliarse a esta nueva organización. Esa persona era el sociólogo Enrique Sánchez. Él es tres años mayor que yo y ya había entrado a trabajar en el INCORA.

Góngora

¿Ese fue el primero de esos intelectuales orgánicos que usted conoció?

Jimeno

Exacto. Él fue mi primer contacto. Yo no sabía qué era la organización campesina. Y Enrique dio esa charla y yo empecé a ver cómo, en esa pequeña y remotísima vereda, empezaba un movimiento social. En ese momento no se hablaba de organización indígena y los indígenas eran vistos como vecinos, pero no como parte de la vereda. De hecho, algunos *cuaiquer* o *awá* trabajaban en las casas de esos campesinos en unas condiciones terribles porque todos eran pobres, no había hacendados. Era una vereda de pequeña propiedad campesina que sin

6 Investigación Acción Participativa. Creada por el sociólogo y fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, Orlando Fals-Borda y sus colaboradores.

7 Asociación Nacional de Usuarios Campesinos.

8 Instituto Nacional para la Reforma Agraria. En la época muchos profesionales recién egresados de carreras como antropología y sociología trabajaron para el INCORA y al tiempo, apoyaron los movimientos campesinos e indígenas que luchaban por títulos y por la recuperación de sus territorios. Para entender las tensiones políticas y la trama relacional de estos procesos véase: Jimeno, 2025.

embargo mantenían relaciones de jornaleo con los *awá*. Los trataban bastante mal y les pagaban poquísima plata. O sea, eran campesinos e indígenas pobres viviendo en un sitio remoto y montañoso.

En resumen, ese fue mi primer contacto con esa idea de usuarios campesinos. Luego terminé mi carrera, me gradué y al poco tiempo una de mis compañeras de Los Andes me dice que hay una convocatoria para trabajar en una entidad nueva llamaba INCORA. Que estaban necesitando sociólogos, antropólogos y otros profesionales. Y fue así como nos presentamos. Se presentó un mundo de gente y yo pasé la convocatoria. Luego me llegó una carta diciendo que tenía que ir al INCORA a hablar con no sé quién, si me interesaba el puesto.

Estábamos en el año 1972. Yo trabajé en el INCORA del 72 al 74, luego entré a la Universidad Nacional. Era el auge del movimiento campesino y de la organización social. Estaba explayado por todo el país andino y también por el costero⁹, era la época de Orlando Fals Borda y la recuperación de los baluartes campesinos¹⁰. Llegué al INCORA y el subgerente de los distritos de riego me dijo: “usted se va para la división de colonización”. No me dejaron decidir para dónde ir. La división de colonizaciones formaba parte del área de ingeniería y manejaba dos grandes préstamos del Banco Mundial y del BID¹¹, para apoyar la colonización campesina del pie de monte amazónico, es decir, Arauca, Caquetá, Putumayo, toda la franja que va desde Saravena, pasando por Mocoa, hasta Puerto Asís.

En la división de colonizaciones había ingenieros, agrónomos, veterinarios, un sociólogo, una antropóloga, que era yo, y un par de planificadores agrícolas que eran economistas. Éramos un grupo de funcionarios jóvenes que trabajaba para el nuevo programa del Estado en la colonización de la frontera agrícola. La idea era que el Estado implementaba una política de reforma agraria en el interior y una política de colonización hacia los márgenes.

Góngora

Es la época de la revolución verde y del desarrollismo...

Jimeno

Total y explícitamente. Eso no estaba oculto. Había un dinero importante para construir carreteras, puentes y empresas comunitarias, que eran formas asociativas. Porque en América Latina hubo, digamos, un cruce entre la reforma agraria desarrollista y las influencias socialistas, se hablaba de hacer grupos de campesinos unidos en cooperativas, en trabajo comunitario, de creación de escuelas y de puestos de salud. En eso se invertía la plata del préstamo. ¿Cuál era nuestro trabajo? Ir supervisando cómo andaba el préstamo. Cuántas escuelas se habían construido en Arauca, cuántas en el Putumayo, cuántos puestos de salud.

En medio de eso nos piden una evaluación de la colonización y un nuevo estudio. Nos dedicamos un año a evaluar cómo estaba eso y salió publicado, pues el INCORA tenía su propia línea editorial. El libro se llamó *La colonización campesina en Colombia*. Hicimos un estudio bastante serio. Tuve que ir a Arauca, a Saravena. Recorrí todo el pie de monte, el Caquetá,

9 Referencia a la costa Caribe colombiana.

10 Véase al respecto: Rappaport, 2021.

11 Banco Interamericano de Desarrollo.

absolutamente todo Putumayo, por el río, hasta Puerto Leguízamo. Se trataba de zonas muy remotas, porque era una colonización que había empezado justamente al comienzo de los años 60. Una colonización que llevaba de 10 a 15 años, estábamos en pleno proceso de tumba de selva y de expansión de la frontera agrícola.

Góngora

¿No había guerrilla ni conflicto armado en esos territorios?

Jimeno

No, era de lo más pacífico, tranquilo, agreste y hermoso. Quisiera hacer un paréntesis. Cuando entré a colonizaciones, en la oficina de enfrente estaban todos los ingenieros, y yo, pues era joven. Entonces venían todos a coquetear, porque había muy pocas mujeres.

Pero entre ellos apareció una persona que estaba estudiando economía en la Universidad Nacional y empezó a traerme toda la propaganda del MOIR, a invitarme a las reuniones, a las cuales fui, por supuesto. Y de las reuniones salió una “compañera” dispuesta a “apoyar el sindicato del INCORA”. Y entonces me metí al sindicato, que estaba muy incipiente, y ahí me encontré de nuevo con Enrique. El nuevo Gobierno conservador estaba tratando de asfixiar la organización social, ya se veía el retroceso de la reforma agraria, pero los funcionarios seguíamos, hacíamos activismo y sacábamos un periódico. Al mismo tiempo, había un auge gigantesco de movilizaciones campesinas. Entonces, en nuestro periódico del sindicato apoyábamos las marchas y las tomas de tierra en el Cauca y en la costa. Y fue ahí cuando aparecieron los indígenas.

En el sindicato conozco más personas, entre ellas a un abogado llamado Adolfo Triana, que estaba en la división jurídica y al cual le empezaron a llegar los casos de reclamos de tierras por parte de los indígenas. A Adolfo y a sus colaboradores, Roque Roldan y Raúl Arango, les llegaban masivamente cartas, citas, demandas de visitas y solicitudes de inspecciones y defensa de indígenas de todo el país. En general, pleitos por tierras, bien fuera con hacendados, bien fuera con colonos campesinos, porque también había un conflicto entre colonos campesinos, pequeños y pobres e indígenas. Y en eso me metí yo también, pero no porque hiciera algo, sino porque era amiga de ellos. Iba a las reuniones en donde se estaba creando un grupo para apoyar la cuestión indígena, para mirar qué servía de la legislación agraria y buscar la protección legal de las tierras que no tenían títulos. Porque muchas de ellas eran resguardos coloniales o tierras sin título.

Ellos crean ese primer grupo, un grupo de abogados. Y la pregunta era qué hacer frente a esas demandas y frente a las movilizaciones, porque había tomas de hecho. Los indígenas se tomaban un día una hacienda y al otro día otra. Ellos iban a los sitios y se ponían en contacto con otros funcionarios locales que empezaban a simpatizar con su causa.

Lo que quiero decir es que se dio un proceso durante esos años. De 1972 a 1977, en que se va lentamente conformando un equipo de funcionarios que se conectaban regionalmente. Y así ocurría en otras partes del país.

Góngora

¿Y ustedes dónde estaban? ¿Dónde estaba el centro de operación?

Jimeno

Yo seguía en Arauca y en el Caquetá porque mi tema eran los colonos, no los indígenas, solo que participaba en las reuniones de los abogados. En ese entonces Adolfo Triana fue volviéndose mi pareja. En esos años el INCORA estaba muy bien organizado. Tenía sedes regionales en todo el país, en la Amazonia, en el pie de Monte Amazónico, en Saravena, en Florencia y en Puerto Asís. También había funcionarios locales en Nariño, en el Cauca, en el Valle, en todo el país. Las evaluaciones sobre el INCORA que se han hecho en general ponen un acento negativo. Yo creo lo contrario. Ahí hubo un gran intento de organización pensado y sistemático de darle una posibilidad a los pobres del campo. Y fue una lástima como lo fueron desmembrando, como fueron acabando con los distritos de riego que eran sumamente importantes para que los campesinos pudieran salir de la pobreza, sobre todo en Huila y Tolima, sitios que después pude conocer. Los distritos de riego de Coello y Saldaña venían desde los años 50 y el INCORA le había invertido montones de dinero. Eran la posibilidad para que miles de campesinos sobrevivieran en zonas de sequía extrema, y quedaron en manos de grandes hacendados.

Lo que quiero decir es que en esa época presencié varias cosas: un gran movimiento social, con marchas, con invasiones, con periódicos, con intelectuales como Fals Borda y Víctor Daniel Bonilla, pero también con grupos insurgentes como el EPL¹² y políticos como el MOIR, todos metidos con el movimiento campesino y, paradójicamente, ayudando a destrozar el movimiento campesino, porque cada una de estas ramas jalaba para su lado, y todos estaban a la izquierda. El Partido Comunista, por su parte despreció a la organización indígena, pero los otros, los varios maoístas, sí que la buscaron. Por mi parte me fui distanciando del MOIR, llegó un tiempo en que ya no quería saber de esa gente.

Entonces estaba el movimiento social y una estructura institucional que estaba muy empujada por el movimiento social, no en la jerarquía, sino en la base, una cantidad enorme de funcionarios en su inmensa mayoría jóvenes profesionales, que se la jugaron por el movimiento indígena. Muchos de ellos al salir del INCORA dedicaron la vida a trabajar con las organizaciones de base¹³.

En esa época me invitaron a un grupo de estudio, marxista, por supuesto. Leíamos a Mario Arrubla, a los críticos del colonialismo como Mariátegui y del desarrollo como Fernando Enrique Cardoso. Y también a los marxistas colombianos, que no publicaban tanto en ese momento. Nos influenciaron además los mexicanos como Aguirre Beltrán y Pablo González Casanova que hablaban del colonialismo interno, que es justamente la segregación de los grupos étnicos americanos. Entonces uno de los miembros del grupo me dijo que había una convocatoria en la Universidad Nacional para dictar una clase de antropología. Llegué con él a la Universidad y me presentó a Blanca de Molina, que era la directora del departamento y a

12 Ejército Popular de Liberación.

13 Adolfo Triana creó una de las primeras ONG dedicada a la defensa de los derechos indígenas llamada FUNCOL. En 2024, el Museo Nacional de Colombia recibió una importante donación de artes gráficas y de archivo por parte de FUNCOL. Con base en ese material investigadores del grupo Conflicto Social y Violencia de la Universidad Nacional curaron la exposición “Acción Indigenista” (2023) que tuvo como objetivo mostrar las complejas redes de actores sociales y colaboradores vinculados con el surgimiento del movimiento indígena contemporáneo en Colombia en la década de 1970.

Luís Guillermo Vasco, un joven profesor. Y rápidamente fui contratada para dictar un curso de introducción a la antropología, aunque no era una clase exclusiva para antropólogos. Aunque la verdad era puro marxismo. Luís Guillermo me ayudó a seleccionar las lecturas. Luego se abrió una convocatoria más formal para entrar como profesora de cátedra al Departamento. Participé y gané el concurso. Así entré a la Universidad. Yo solo tenía el pregrado y los años de experiencia en el INCORA.

La politización de la antropología

Góngora

¿Y cuál era el perfil de los profesores? ¿Había profesores con posgrado?

Jimeno

No, eso no había, yo creo que no había casi nadie. Yo entré de cátedra y el trabajo era precario. Entonces me enteré de que un antiguo profesor mío en Los Andes, el geógrafo Ernesto Guhl, era el director de un centro de investigaciones de la Universidad. Entonces fui a verlo, y le llevé mi hoja de vida. Él, obviamente, no se acordaba de mí, pero me contó que estaban haciendo un estudio sobre el Páramo de Sumapaz y sobre los campesinos de la región. Y como ya había hecho la tesis sobre campesinos me contrató.

En resumen, entré de cátedra al Departamento de Antropología y de planta al Centro de Investigaciones para el Desarrollo, CID. Ahí me quedé dos o tres años haciendo la investigación sobre el Páramo de Sumapaz. Era un estudio muy sociológico de los campesinos de la olla del río Sumapaz. Íbamos todos los días en el bus de la Universidad hasta allá. Hicimos un levantamiento muy cuidadoso, sobre todo de las redes comerciales y de las redes de propiedad del páramo. De nuevo trabajaba con campesinos. Pero en el Departamento de Antropología Luis Guillermo Vasco me empezó a hablar del movimiento indígena. Y así me enteré de lo que pasó en el Congreso Campesino, que era el congreso de la ANUC, en donde se creó una secretaría indígena que posteriormente se dividió de la ANUNC para conformar el CRIC¹⁴. Y fue así como conocí a los indígenas del Cauca, a Trino Morales y luego a Juan Gregorio Palechor, dos de sus líderes más importantes. Después de la escisión, entre 1974 y 1975, creamos un comité de apoyo a las luchas indígenas del Cauca en el Departamento de Antropología. Y voy al Cauca, y por ahí entró en mi vida la cosa indígena.

Góngora

En medio de todo esto ¿Cómo era el ambiente político en la Universidad? ¿Qué tipo de antropología se hacía? ¿Cómo circulaba el conocimiento? ¿Contrastaba mucho con lo que usted había aprendido en Los Andes?

Jimeno

Por supuesto, como contaba antes, Los Andes era una pequeña universidad en ese momento,

14 Referencia al Consejo Regional Indígena del Cauca una de las organizaciones sociales más influyentes de Colombia.

pequeña en el número de programas, en el número de estudiantes, en sus instalaciones. Y la Nacional, ya en esa época, comparativamente, era lo opuesto. Era una enorme universidad, mucho más movida, con asambleas estudiantiles permanentemente, tanto en la Facultad de Ciencias Humanas como en el Departamento de Antropología. ¿Y qué había en esas asambleas? Eso sí lo conocía muy bien, una lucha visceral entre sectores políticos de la izquierda. Y así eran las discusiones en antropología. Había que acabar la disciplina y estudiar marxismo. Se discutía si se podía leer o no Evans Pritchard o a Malinowski, si había que cambiar el plan de estudios. Yo entré a una universidad en donde había un movimiento estudiantil muy fuerte de polémicas entre izquierdas, y uno tenía que ver cómo se situaba en este maremágnum. Yo ya no tenía simpatía por el MOIR, pero sí por el maoísmo y eso me acerca Luis Guillermo. Y con él empiezo a conocer el movimiento del Cauca, y en el Cauca estaban Víctor Daniel Bonilla y María Teresa Findji, como intelectuales que venían participando desde los años 70 en el movimiento campesino, y venían publicando sobre el papel de los campesinos en la revolución socialista. Porque esa era la discusión, ¿Tienen los campesinos un lugar?, ¿Tienen los indígenas un lugar en una revolución social? Víctor Daniel, María Teresa y Fals-Borda, había otras personas, pero los que yo conocí eran ellos, trataban de responder a esa pregunta. El debate era si los indígenas constituían “nacionalidades” que podíamos integrar “a la rusa” con sus particularidades y derechos o, si por el contrario no tenían un lugar en la revolución y debían proletarizarse y asumir así la vanguardia.

Respecto a la circulación de la literatura, entre el 70 y el 74 aparece el mimeógrafo. Y así se hacía toda la literatura polémica de la izquierda y el material didáctico, como las cartillas del CRIC¹⁵. Todo se recortaba y se pegaba de modo artesanal. El material circulaba entre los grupos políticos y por todas partes. La literatura de clases fue para mí uno de los contrastes más grandes entre Los Andes y La Nacional. En Los Andes yo recibía al comienzo del semestre un programa y compraba o buscaba en la biblioteca los libros. En La Nacional los estudiantes no leían. El profesor “echaba su rollo”¹⁶ y ellos solo ojeaban uno que otro mimeógrafo. Y los profesores pedían hacer mimeógrafos principalmente de autores franceses marxistas que estaban de moda. Yo misma empiezo a traducirlos, los transcribíamos y hacíamos una pequeñísima selección de dígitos, tres mimeógrafos por clase. Era la forma de leer porque no circulaban libros, eso era rarísimo. La inmensa mayoría de lo que leíamos era marxismo y rarísimos textos de antropología. Todo estaba dominado por la crítica a la antropología como parte del dominio colonial, cosa que nunca vi, con esa magnitud en Los Andes. Allí se conocía la crítica, pero leíamos toda la literatura de la antropología inglesa, la francesa y la norteamericana. Aquí a los culturalistas norteamericanos no los leía nadie. Tampoco se leía a los Reichel, que habían escrito unas veces en inglés y otras en español, ni a la primera generación de antropólogos.

En Los Andes había una presencia de la izquierda, pero no existía toda esa gama de luchas que estaban permanentemente presentes. Algunos de los egresados de Los Andes que llegaron a ser profesores de La Nacional no gustaron de ese ambiente y cuatro o cinco se fueron. Nos quedamos unos pocos: Fabricio Cabrera, Rodrigo Ibañez, Julián Arturo y yo. Y Roberto Pineda, que llegó después.

¹⁵ Véase al respecto: <https://www.luguiva.net/documentos/detalle.aspx?id=150&d=10>

¹⁶ Forma coloquial para referirse a las clases magistrales.

El gran contraste, por resumirlo de alguna manera, es la politización y la politización de la antropología. El activismo que va tomando cuerpo, que es el activismo en pro del movimiento indígena. Y eso ya implicaba una posición. Porque había otros sectores de la izquierda a quienes eso les parecía “nativismo” contrarrevolucionario. De manera que, si usted se metía al grupo de apoyo a los indígenas colombianos, usted ya había tomado una opción que para otros era indeseable, “porque los indígenas, compañera, no son la vanguardia de la revolución”.

La burocracia universitaria

Góngora

Profe, sigamos adelante. Estamos ya en la década de 1980 y usted ha consolidado su carrera en el Departamento de Antropología. Y ahí empieza un aprendizaje de lo que significa la Universidad Nacional y la burocracia universitaria. Cuéntenos un poco por dónde pasó y cuáles fueron sus principales aprendizajes. ¿Cómo contribuyó esa experiencia a su carrera y a su vida personal? ¿Qué estaba pasando en esa época?

Jimeno

Yo diría a manera de resumen que entre 1985 y 1992, me dediqué a la práctica administrativa. A mí no me choca la administración, me apasiono por un sitio y empiezo a dedicarle mucho. En 1983 asumí la dirección del Departamento de Antropología y aprovechamos un cierre largo de la Universidad para promover una reforma de pénsum. Desde ese año varios profesores, entre los cuales estaban Jaime Arocha y Ligia Echeverry decidimos dividirnos en grupos y revisar el plan curricular. Algunos queríamos cambiarle el acento teórico (Marx 1, Marx 2, Marx 3, Morgan 1, Morgan 2) y eso fue lo que hicimos.

Luís Guillermo Vasco se opuso a esa reforma. Nosotros, por el contrario, propusimos dos grandes énfasis. Esto es algo que todavía se alcanza a ver. Un primer ciclo común, y luego una profundización en antropología social y arqueología (más adelante se abriría también la línea de antropología física, biológica y forense).

Para cambiar el acento propusimos una secuencia de cursos donde los estudiantes pudieran, con supervisión y ayuda de un profesor, hacer investigación de campo. Porque en ese momento la gente hacia campo a mitad de la carrera durante un semestre y nadie cumplía con eso. Y ahí se quedaba el 30% de los estudiantes. Luego volvían al final a hacer otra tesis larguísima en el cual se quedaba otro tanto y nunca se graduaba.

Eso lo cambiamos. La idea era que tempranamente los profesores plantearan la investigación no como una teoría, sino como un tipo de práctica que se aprende haciendo. Para mí eso es lo más importante. Esa reforma de todas maneras vive hasta el día de hoy, a pesar de los ajustes que se le han hecho al programa. Un ciclo que empezara desde las primeras herramientas o técnicas de investigación hasta la preformulación de un proyecto, luego la formulación del proyecto en un laboratorio guiado, y después, el siguiente semestre, un trabajo de grado acompañado por un profesor. Eso aumentó significativamente el porcentaje de grados.

De esta manera, se produjo un giro completo en la forma de ver las teorías y de hacer investigación. No se trataba de saber qué piensa Morgan y aprenderlo de memoria, sino de entender cuáles corrientes iluminaron el pensamiento en un momento dado y de entender qué

permiten ver en la actualidad y si todavía sirven para algo. Como diría Bourdieu, la teoría es como una joya que uno se pone y se quita según la ocasión.

En fin, en 1984, estando Marco Palacios en la rectoría, llevamos la reforma completa del programa al Consejo Académico y nos la aprobaron. Por mi parte aprendí cómo funcionaba la Universidad, pues hasta ese momento nunca me había interesado.

Marco Palacios me ofreció la decanatura de Ciencias Humanas en 1984. Empecé a ser decana por dos años, luego ocupé la Vicerrectoría Académica y la Vicerrectoría General. Cuando Marco renunció quedé encargada un par de meses de la rectoría de la Universidad Nacional. Es decir, me metí de cabeza en la gestión burocrática de la Universidad. Se reformó todo el sistema y la reglamentación de posgrados y creamos el CES¹⁷.

Saltaron las emociones

Góngora

¿Y entonces cuándo y cómo retomó la docencia y la investigación?

Jimeno

Yo no dictaba clases, yo no investigaba, yo no escribía, solo burocracia; solo gestión. Entonces, al final de eso, pensé que tenía que volver a la antropología. Pedí el año sabático y me fui unos meses a leer a Inglaterra, al King's College de Cambridge. Fui como *visiting scholar* apoyada por Stephen Hugh Jones, y eso me permitió sentarme a leer y saber en qué estaba la antropología. Y ahí conocí la nueva ola de la antropología crítica norteamericana, que hablaba de repensar la disciplina, de la reflexividad, de dejar de llamar objeto al sujeto de investigación. O sea, vi el cambio, porque no me había enterado. Entonces, esto estaba puesto, sin duda, empezaban los estudios culturales y la crítica de los ochenta. Todo lo que me había perdido en la antropología lo leí en ese minuto. Estaba de moda Stocking, por supuesto, y la historia de la antropología, pero también Rosaldo, estaban de moda los que escribieron *Writing Culture*. Todo lo que llamaban antropología reflexiva y dialógica. Y a mí me parecía impresionante que, si bien eso era un cambio muy grande en la antropología, era algo que se venía discutiendo con el enfoque marxista aquí desde los años 60. En América Latina ya se había planteado una crítica a la relación de conocimiento, a poner la ciencia social en un contexto político, a mirar los contextos de ocurrencia de los fenómenos. Allá empezó a hablarse de la antropología situada, del sistema mundo. Y muchas de esas tesis son ciertas, pero a mí me parecía muy curioso que desconocieran todo el aporte de crítica y debate que había aquí, desde mucho antes.

Góngora

¿No pasaba nada de aquí para allá?

Jimeno

No pasaba nada. Eran ellos hablándole al mundo, y en el mundo nosotros escuchando. No había nada del aporte que se había hecho aquí a la antropología, en toda América Latina, en

17 Centro de Estudios Sociales.

Perú, en México, en Brasil. Toda una tradición surgida de la influencia del marxismo y de las corrientes críticas de las teorías del desarrollo. Nada de eso se reflejaba.

Vuelvo a Colombia, y entonces me ofrecieron la dirección del Instituto Colombiano de Antropología. Regresé con la idea de hacer investigación, pero en ese momento estábamos en 1989, uno de los años más terribles de la historia colombiana. Se habían cometido varios magnicidios. Asesinaron a Galán, a Pizarro, a Bernardo Jaramillo y antes a otro líder de la Unión Patriótica, Jaime Pardo Leal. Todos candidatos presidenciales. Había una gran conmoción.

Fue en ese contexto que decidí investigar la violencia, pero desde otro punto de vista. No desde la mirada macro. Entonces empecé a hacer reuniones y a trabajar en un proyecto. Invité a Ismael Roldán, que era mi pareja, a otros dos psiquiatras, y estudiantes que trabajaban conmigo. Y así empezamos a construir un proyecto de investigación sobre violencia en la intimidad.

Góngora

Pero, en concreto, ¿por qué se le ocurrió a usted estudiar ese tema? Pues tengo entendido que usted estaba interesada en asuntos muy diferentes.

Jimeno

Es verdad. Venía de investigar relaciones interétnicas y la historia de la antropología en Colombia, cosas que siempre me han interesado¹⁸. ¿Por qué el cambio? Déjeme explicarle. El ambiente, la atmósfera psicológica que había en Colombia en los años 88, 89 y 90, era realmente oscuro, terrible, porque el poder del narcotráfico, por un lado, y el poder de la guerrilla en ascenso, por el otro, eran tales que no se veía un horizonte, por eso el eslogan de la campaña de César Gaviria tras la muerte de Galán: *Habrá Futuro*. Todavía tengo guardado el afiche.

Era tal el pesimismo derivado del inmenso poder coactivo del narcotráfico (asesinaban jueces, políticos, comandantes, ponían bombas en las ciudades) y del ascenso de la guerrilla que realmente se pensaba que esto era un Estado fallido y que íbamos rumbo a un colapso. Entonces me dije: hay que estudiar esto. Y así fue. Lo discutimos con el grupo que le digo, pero de una manera diferente, porque yo ya había leído sobre el giro reflexivo y subjetivo en la antropología. Por eso decidimos investigar las relaciones íntimas y su relación con la violencia. No quería hacer otro estudio como los que estaban haciendo los historiadores y los politólogos macrohistóricos. Me preguntaba, por el contrario, si toda esa violencia tenía una raíz cultural. Por eso usted ve que ese ha sido el enfoque del grupo de investigación, que surgía en esos momentos. Indagar por las raíces, los contextos, los aprendizajes culturales y la violencia.

Es decir, yo giré en ese momento por cuenta del ambiente opresivo que se vivía. Quería saber si había algo en los aprendizajes, en los valores, en los énfasis, en la cultura, que auspiciara tal descontrol y tanta violencia. Pero como uno no controla todas las condiciones de las cosas, nuestro grupo de psiquiatras, estadísticos y estudiantes de antropología decidió que deberíamos enfocarnos en las familias corrientes de Colombia. Seleccionamos entonces familias atendidas

18 Sobre relaciones interétnicas y la relación de los pueblos indígenas con el Estado véase el libro realizado por Jimeno y Triana, 1985. Sobre historia de la antropología en Colombia puede consultarse, entre otros, el siguiente artículo: Jimeno 2007.

en la consulta externa del Hospital San Juan de Dios, que estaba abierto en la época. Ahí podíamos conversar con la gente.

Después de muchas discusiones fuimos creando una metodología de dos momentos. Primero hicimos un estudio cuantitativo sobre personas de bajos recursos que asistían a la consulta externa del hospital, y luego entrevistamos a un grupo más seleccionado en torno a una pregunta: ¿Cuáles son los aspectos de la violencia que usted ha visto en Colombia que más le impactan? El resultado de eso fue que a la gente lo que más le impactaba era el maltrato familiar y no las bombas, ni el terrorismo, ni los asesinatos. Eso nos obligó a cambiar lo pensado¹⁹.

Porque al 97% o 98% de la gente lo que más le impactaba era el maltrato sufrido por parte de sus padres y madres. Las golpizas, la violencia en la intimidad de la familia. Adicionalmente, había un núcleo de respuestas relacionadas con la concepción de autoridad. Esta concepción no era lo que está en esos libros. Se trataba de una autoridad ambivalente, una especie de figura que no se sabe bien si me va a proteger o me va a atacar. Y esa autoridad era el padre, pero también las instituciones. Era la autoridad en la sociedad. Había una profunda desconfianza de las personas en los mecanismos institucionales de protección. Y, finalmente, otro resultado del estudio mostró que cuando las personas explicaban lo que les había sucedido, lo explicaban de una manera ambivalente.

Decían, por ejemplo: “reconozco que mi mamá tenía una buena intención cuando me golpeaba con una vara” o “probablemente tenía una buena intención, pero esto me produce hasta el día de hoy un dolor enorme, nerviosismo, no duermo, le temo a los vecinos”. Entonces, era obvio que había una relación entre cognición y emoción. O sea, saltaron las emociones como una cosa constitutiva de la experiencia de violencia de esas personas. Yo jamás había pensado en eso. Ninguno del equipo, ni los psiquiatras. Pero en antropología uno tiene que estar abierto, alerta a lo que sale en el campo.

“Você precisa fazer um doutorado”

Góngora

¿Y cómo cambió ese descubrimiento su manera de hacer antropología?

Jimeno

Entonces, yo empecé a leer sobre la relación entre cognición y emoción. Cómo podían estar entremezcladas y cómo eran constitutivas de la experiencia humana.

Góngora

¿De ahí salió el libro *Las sombras arbitrarias*? ¿De la experiencia en el hospital San Juan de Dios y de la reflexión preliminar sobre las emociones y la cultura?

19 Entre mediados de la década de 1980 y comienzos de los años 90 ocurrieron numerosos hechos violentos en Colombia y en especial en Bogotá. Entre ellos la toma del Palacio de Justicia, la bomba a las instalaciones del Departamento Administrativo de Seguridad, múltiples atentados terroristas a cadenas comerciales, asesinatos de ministros, políticos, activistas y candidatos presidenciales, desapariciones forzadas, entre otros crímenes.

Jimeno

Con esas reflexiones comencé a plantear la idea de que en esas experiencias se unen ciertas emociones con ciertas cogniciones. ¿Cuáles cogniciones? En primer lugar, la idea relacionada con la motivación de corregir por parte de los padres para obtener el respeto.

¿Cuáles emociones? La rabia y el miedo. Era clarísimo. Luego, pasa un tiempo, y hacemos una segunda fase financiada por COLCIENCIAS²⁰, en el departamento del Tolima, que dio como resultado el libro *En una mano el pan y en la otra el rejo*²¹.

Fue en esa época cuando Roberto Cardoso de Oliveira comenzó a insistir en que hiciera un doctorado. Mi diálogo con Roberto se dio porque en ese momento yo participaba en una cantidad de eventos de acción indigenista por toda América Latina organizados, principalmente, por mexicanos como Guillermo Bonfil Batalla y otros antropólogos ecuatorianos y brasileños. Yo iba a esos eventos. Era una de mis principales actividades, además de convertir en libros los resultados de mi investigación sobre violencia doméstica. De esas reuniones emergió una red de investigadores con los cuales fundamos la Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA) en 1990. Y cada vez que nos encontrábamos Roberto aprovechaba para decirme: “Você precisa fazer um doutorado”. Hasta que llegó un día por ahí en la segunda mitad de los años noventa en que me dijo: “Tenho uma bolsa para você. Você vai ser minha bolsista”. Brasil ya era próspero en educación y Roberto era un gran profesor. En ese entonces era profesor en la Universidad de Brasilia (UNB), esa fue su última vinculación, y hacía parte de un centro de investigación llamado CEPAC que tenía énfasis en América Latina.

Entonces hablé con mis hijos. Mi hija acababa de entrar a la Universidad Nacional y el otro chico podía quedarse viviendo con el papá porque ya tenía 14 años. Pensé que podía ser factible lo del viaje y me fui a Brasilia. Y pedí una comisión de estudios para hacer el doctorado. Me matriculé formalmente. Ellos me valieron los libros y las investigaciones como maestría, porque yo no había hecho nada, ningún posgrado. Entré directamente al doctorado en Brasilia, y ahí, obviamente, presenté un proyecto de investigación.

Ya había hecho el trabajo en Bogotá y en el Tolima y había creado el grupo de investigación Conflicto Social y Violencia, pero había cerrado los proyectos y no contaba con ningún financiamiento de COLCIENCIAS. Entonces, ya en Brasil me dije: “bueno ya estoy aquí y no tengo asistentes, tengo que hacer algo más centrado, que yo sea capaz de hacer sola, sin colaboradores”. Y discutiendo con mis compañeros del doctorado fue saliendo el tema de la violencia de pareja, pero con una particularidad. Llegué entonces a la pregunta ¿Qué es lo que hace que un marido mate a su esposa o un novio mate a su novia? Pero ¿Cómo hacer este trabajo en Brasil? Porque el trabajo debía ser, obligatoriamente, comparativo. Tenía que hacer algo en Brasil y en otro país que se me ocurriera, que obviamente era Colombia. Entonces, después de dar vueltas y vueltas me decanté por un tema. Fueron muchas discusiones con Roberto. Él era muy abierto, tenía fama de autoritario, pero no era cierto, y además... era el cuñado del Presidente de la República y eso abría muchas puertas.

20 Agencia promotora de la investigación científica en Colombia, hoy Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación.

21 La obra puede consultarse en el siguiente vínculo: <https://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2009/19/Violencia-cotidiana-en-la-sociedad-rural.pdf>

Roberto era, pues, un figurón en ese momento. Pero eso no impedía que escuchara lo que a uno le interesaba. Él dejaba hablar y hacía preguntas. Y me ayudó a ir elaborando lo que finalmente fue mi proyecto doctoral, financiado por la Universidad de Brasilia: el homicidio entre parejas en Brasil y en Colombia. ¿Y cómo lo iba a hacer? Mirando casos en las cárceles junto con los respectivos expedientes judiciales. Iba y buscaba en los archivos judiciales, y leía tanto el expediente como los códigos, obviamente, los códigos penales de allá y de acá.

Fue un trabajo que combinó entrevistas de campo en las cárceles femeninas y masculinas de Brasilia, y femeninas y masculinas de Bogotá. De ahí salió el libro sobre crimen pasional. Fue Roberto a quien se le ocurrió el subtítulo de “una antropología de las emociones” (Jimeno, 2004). ¿Y por qué? Porque el solo nombre del delito, “crimen pasional”, como se le conocía en el lenguaje ordinario, me mostraba que tenía que preguntarme por cuál era el lugar de las emociones. Entonces me dediqué a leer la antropología que abordaba esos temas. Estudié las obras de Lila Abu-Lughod, Catherine Lutz, Michel y Renato Rosaldo, es decir, lo que había en la época en antropología, que no era tanto, y por ahí me metí.

Volver al Cauca

Góngora

Profe, cuénteme ahora sobre su regreso al Cauca... después de tanto tiempo. ¿Cuáles eran las condiciones, qué estaba pasando con la guerra y con el movimiento indígena?

Jimeno

Terminado el doctorado vuelvo a la Universidad y aparece el tema de las víctimas del conflicto armado en Colombia. Ya estábamos en otro momento, estamos hablando del año 2008. Ya no era la época de Pablo Escobar cuando los narcotraficantes se iban a tomar el poder. Ni tampoco las FARC, nada de esas cosas. En cambio, había un desplazamiento forzoso enorme. Miles de organizaciones de víctimas, literalmente miles, aparecían en público diciendo: “a mí me pasó esto en la guerra”. Era una cosa cotidiana, muy visible. Y de pronto, un día, fui a un seminario al que me invitó Ismael Roldán, y allí escuché a una señora indígena, menudita, proveniente del Cauca, dando su testimonio.

La historia me impactó mucho. Narraba una masacre que ella, como miembro de una comunidad interétnica que vivía en el Alto Naya, había sufrido. Le habían matado a su marido. Entonces ahí dije: “es momento de volver al Cauca”. Yo el Cauca lo conozco, había hecho allí un largo trabajo de campo en 1980, en la época indigenista. De ahí salió el libro *Estado y minorías étnicas*. En fin, hablé con esa mujer y ella me puso como condición pedir la autorización del cabildo indígena. En ese momento ella era la cabildo-gobernadora. Ya no se dice así, pero digamos que era y sigue siendo una líder importante de una comunidad que había huido del Naya y en su tránsito, había creado un nuevo cabildo reconocido por el pueblo nasa. Y yo pensé que sería maravilloso entender cómo había sido la formación de esa colectividad después de semejante experiencia traumática.

Yo creo que ella creyó que yo nunca iba a ir. Pero lo hice y me dieron la autorización para trabajar. Y al año siguiente, ya estamos hablando del año 2008, me presenté de nuevo a COLCIENCIAS para realizar un proyecto de investigación y obtuve el financiamiento. Luego complementé los recursos necesarios con una beca Guggenheim que me dieron en

ese momento. Fueron bastantes años trabajando con esa comunidad, y ahí, obviamente, las emociones aparecieron como una cuestión central.

Góngora

¿Y cuál fue la pregunta que guió la investigación?

Jimeno

La pregunta fue ¿cuál era el lugar de las emociones, no solamente en el trauma, sino en la experiencia de reconstituirse después de un trauma y de crear una vida y una comunidad nuevas? Así salió el concepto de *comunidades emocionales*, de estar oyéndoles, de entender la manera como hablaban de su experiencia, de presenciar las conmemoraciones de la masacre, especialmente la séptima, realizada en 2008. Escuchar y ver lo que provocaba en la audiencia era impresionante. Indígenas, campesinos, gente negra y burócratas del Cauca, así como funcionarios internacionales de Nación Unidas y de la Cruz Roja también se impresionaron con estas puestas en escena y con los testimonios de la masacre. Entonces se me vino a la mente una vieja lectura de Max Weber que hablaba de comunidades emocionales y digamos que, de cierta manera, la investigación se volvió una etnografía de cómo fue el proceso de conformación de esa comunidad. Una etnografía en el sentido más clásico de reconstruir un proceso social directamente, con base en la palabra y las acciones de la gente, estando en el territorio.

Hicimos una película (Tattay Bolaños, 2012), una cartilla (Jimeno, 2011) y un libro (Jimeno; Varela y Castillo 2015), fueron tres productos. Una cartilla para ellos, con dibujos hechos en su mayoría por niños y otros miembros de la comunidad, una película llamada *Kite Kiwe: nuestra memoria* y un libro con la etnografía y las reflexiones teóricas sobre emociones y política. Nuestro papel fue ayudar a reconstruir la memoria de ese proceso de violencia y mostrar la manera en que las emociones se transforman en acción política.

Entonces, como usted me recordaba ahora, en cierta medida ese fue un retorno al comienzo, o sea, fue unir todo lo que ha sido mi carrera, la acción indigenista, la emergencia de las identidades étnicas, la violencia y las emociones²².

Góngora

Muchas gracias Profe. Podría, para finalizar, explicar un poco mejor ¿cómo es ese diálogo con el concepto de Weber de comunidad emocional? ¿Usó esa teoría sociológica para pensar eso que estaba viendo allí? O, por el contrario, ¿se trató de un concepto que, confidencialmente, apareció en el campo?

Jimeno

El concepto de *comunidades emocionales* no es un concepto nativo. Ellos no lo usaban, ellos no hablaban de emociones. O sea, la gente de Kite Kiwe no decía “tenemos una emoción y vamos a usarla políticamente”. Fueron los ojos de los observadores, en este caso los de Daniel,

22 El Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia editó en el año 2019 la compilación *Cultura y violencia. Hacia una ética social del reconocimiento*. En esta antología se recogen los trabajos más importantes de Myriam Jimeno.

Ángela y los míos²³, que empezaron a ver, a ver y a sentir qué pasaba cuando ellos daban en público su testimonio. Y observamos lo mismo sucesivamente en tres o cuatro grandes conmemoraciones públicas ¿Qué es lo mismo? Que independientemente de los detalles, el testimonio articulado de la experiencia de sufrimiento provocaba en el público sentimientos profundos. Compasión y solidaridad con el sufrimiento. Y también vimos cómo ellos empezaron a usarlos activamente para conseguir sus reivindicaciones, de manera que se adscribieron a la categoría de víctima, aunque también empezaron a usar la identidad étnica, para inscribirse en el registro nacional de víctimas, y lo lograron.

Este es uno de los casos que vemos en Colombia en donde la gente tiene verdadero empoderamiento político, en donde la víctima no es un hecho abstracto y pasivo, sino alguien que demanda derechos, reconocimiento y construye lemas que orientan su accionar.

Entonces uno como antropólogo registra eso, ellos no hablaban de emociones ni de *comunidades emocionales*, pero uno sí emplea la categoría analítica. La verdad yo no me puse a leer a Weber y encontrar allí la categoría, sino que yo analicé, a partir del campo, dos cosas: en primer lugar, se trataba de una situación de grupo y no de una relación interpersonal. No era la Mayora hablándome su experiencia y yo llorando. No, había algo colectivo, se trataba de una experiencia comunitaria. Y empecé a pensar, ¿Cómo es posible?, ¿Qué hace que se produzca ese tipo de expresión? Y es que yo vi temblar a un fiscal y a un procurador general del Cauca cuando observaron una de las puestas en escenas y juraron que iban a investigar hasta encontrar a los culpables. Aunque al final ambos tuvieron que salir del proceso, lo importante fue el efecto causado. Y, en segundo lugar, uno como antropólogo tiene que respetar tanto lo que ve y siente en el campo como lo que la gente dice y hace. Fui yo la que dijo “esto es colectivo, entonces es comunitario”, pero además “son emociones en comunidad”. Y recordé vagamente la importancia que Weber le da a la experiencia emocional, porque la trata como experiencia de sentido. Algunos etiquetan a Weber como el autor de la sociología del sentido, y yo creo que eso es cierto. Él nos enseñó a pensar en cómo los individuos y los grupos le dan sentido a las cosas que le suceden. Y en este caso la gente le da sentido a su tragedia a través de una puesta en escena de emociones vividas que crean solidaridad y empoderamiento para exigir derechos, visibilidad, verdad, justicia y reparación.

Y casi todo lo obtuvieron. Esta gente es un ejemplo. Lograron que los paramilitares confesaran, no todo porque no se detectaron todos los autores intelectuales del crimen, pero sí que hablaron bastante. Lograron justicia porque los paramilitares que hicieron la masacre del Naya, en su gran mayoría, terminaron en la cárcel al someterse a la *Ley de justicia y paz*. Y consiguieron a la vez reparación colectiva e individual.

Mucho tiempo después me enteré de que al mismo tiempo que yo, cronológicamente hablando, hubo una historiadora británica que había usado el concepto de *comunidades emocionales* de una manera un poco distinta. Ella lo utilizó para referirse a la forma en que se usaban ciertos conceptos en comunidades europeas durante la Edad Media. Es un uso diferente, probablemente ella no menciona a Weber, aunque le pudo haber servido de inspiración.

Digamos, entonces, que no es una categoría nativa, es una categoría mía que surge de

23 Ángela Castillo y Daniel Varela fueron los co-investigadores que llevaron a cabo, junto con Myriam Jimeno, el proceso de investigación desarrollado con el cabildo indígena Kite Kiwe en el norte del Cauca.

Max Weber, y que yo no me la encontré precisamente en la literatura, porque a veces pasa, uno hace *click* y dice “esto se adecúa”, y bueno, he mostrado que puede tener un poder heurístico.

Horizontes

Góngora

Profe, muchas gracias. Le voy a hacer dos preguntas más, ya para cerrar. ¿Cuál cree que ha sido el impacto en la academia colombiana y latinoamericana del estudio antropológico de las emociones y los afectos? Y usted, ¿cómo ve la antropología hoy? ¿Hacia dónde cree que va?

Jimeno

Bueno, digamos que he podido acompañar cómo se ha ido difundiendo un interés en las emociones en América Latina, y digo América Latina porque yo he estado participando en eventos de México, Argentina, en Brasil, en muchas partes, en donde discuten ese tema de diferente manera, y eso a mí me parece una ganancia. Está muy bien que las personas le den distintos sentidos. Ustedes, por ejemplo, cuando hacen el libro de *Objetos que emocionan* (Forero y Góngora, 2024), me parece que desarrollan algo que yo no había pensado, ni probablemente toda la gran corriente de antropología de las emociones en Estados Unidos ni en Inglaterra la había pensado; pero en ese libro es evidente la ampliación de la comprensión antropológica de la experiencia y de ciertos procesos relacionados con el conflicto social y la violencia.

Entonces, es como si se extendiera la mirada a un aspecto que estaba oscurecido, despreciado o ignorado. Para mí eso es una ganancia y sí, ha pasado en muchas academias de América Latina. En algunos lugares han usado incluso las *comunidades emocionales*, en otros no, pero no importa, porque hay un énfasis importante en estudiar las relaciones afectivas y la manera en que las categorías afectivas son usadas en la vida cotidiana.

Creo que esto es un aporte enorme para estudiar la complejidad de los fenómenos de violencia, y cuando uno ve la literatura que se ha producido en los últimos años sobre estos fenómenos nota cómo este enfoque aporta a la comprensión de la vida social de una forma menos simplista y reduccionista. Porque no es posible decir que la violencia es el resultado simplemente de condiciones económicas o de estructuras de género, o de problemas relacionados con la raza, sino que todas estas dinámicas sociales se entrelazan. Y se entrelazan porque la emoción, la cognición, las experiencias y los procesos sociales se entretejen en las prácticas y en la vida de la gente. Se observan en aquello que las personas hacen para superar o no una condición generada por la violencia, cuando les han destruido sus condiciones de vida y les han matado parte de su familia.

De manera que para mí es un aporte que enriquece las miradas reduccionistas que hacen a veces los análisis macro, que en ocasiones llegan a conclusiones altamente negativas como reducir la identidad colombiana a una propensión a la violencia. Y es esa falta de fineza en el análisis que lleva a abruptos terriblemente negativos, porque lo que hacen es reforzar un estereotipo según el cual hay una cierta pasividad de la sociedad frente a la violencia. Y es al revés. Miles de casos muestran que hay quienes se empoderan con las emociones y buscan salir adelante a pesar de la adversidad, tener esperanza, hacer futuro; esas personas son todo menos pasivas, construyen cosas.

Hace poco leí por casualidad un libro de Teresa Caldeira sobre las contribuciones de James Holston para entender la vida en las periferias urbanas brasileñas²⁴. ¿Qué es lo que dice? Que al contrario de lo que afirma, y continúa afirmando, gran parte de la literatura, hay una enorme energía, vitalidad y proyección de futuro en las periferias, que las personas autoconstruyen sus casas y cambian sus condiciones de vida, y que, con mucho esfuerzo, logran impactar formas de opresión y marginalidad. Es un enfoque un poco parecido al mío. Yo creo lo mismo, que cuando se reducen las emociones al odio y a la rabia para entender lo social, se terminan diciendo cosas como que los colombianos tenemos la “agresividad en los genes” desde los caribes hasta nuestros días. Y eso lo que hace es fijar una mirada que en primer lugar es falsa históricamente, y que además reduce el fenómeno y cierra las posibilidades de pensar una sociedad diferente.

En cuanto al futuro de la antropología veo no solamente un crecimiento institucional y demográfico en el número de antropólogos profesionales en Colombia y en América Latina, también hay un cambio cualitativo en el perfil de los estudiantes, inclusive indígenas, y un cambio significativo en el número de instituciones y en la producción antropológica a gran escala, con una diversificación increíble de las metodologías y de los temas estudio. Hace unos días estuve en un evento en Ecuador en el que hablaban de la crisis de la antropología. La verdad no veo ninguna crisis. Una disciplina que tiene esta variedad de sujetos de interés, de instituciones y de producción, que va desde películas hasta cuentos, pasando por exposiciones museográficas, caricaturas y libros que han desbordado los moldes con los que aprendimos a trabajar, no está en crisis. Lo que veo es una disciplina en plena ebullición. Creo que la antropología de hoy es activa y diversificada, como pasa con los fenómenos humanos, se multiplica, se amplía y llega a territorios que antes le eran desconocidos.

Referencias citadas

- Caldeira, Teresa. 2010. *Espacio, segregación y arte urbano en el Brasil*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Forero, Ana María y Andrés Góngora. 2024. *Objetos que emocionan: testigos materiales del conflicto en América Latina*. Bogotá y Santiago de Chile: Universidad de Los Andes y Universidad Alberto Hurtado.
- Jimeno, Myriam e Ismael Roldán (eds.). 1998. *Violencia cotidiana en la sociedad rural. En una mano el pan en la otra el reño*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda y Universidad Nacional de Colombia. Disponible en <https://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2009/19/Violencia-cotidiana-en-la-sociedad-rural.pdf>
- Jimeno, Myriam e Ismael Roldán (eds.). 1996. *Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.
- Jimeno, Myriam y Adolfo Triana. 1985. *Estado y minorías étnicas en Colombia*. Bogotá: Cuadernos del Jaguar y Fundación para las Comunidades Colombianas. Disponible en https://myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2011/02/int_cap_1.pdf.
- Jimeno, Myriam, Varela, Daniel y Castillo, Ángeles. 2015. *Después de la masacre, emociones y política en el Cauca Indio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia e Instituto

24 Caldeira, Teresa. 2010. *Espacio, segregación y arte urbano en el Brasil*. Katz Editores: Buenos Aires.

- Colombiano de Antropología e Historia. Disponible en <https://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2021/02/Libro-Kitek-Kiwe-ALTA-junio-9.pdf>
- Jimeno, Myriam. 2004. *Crimen pasional: contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam. 2006. *Juan Gregorio Palechor: historia de mi vida*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC).
- Jimeno, Myriam. 2007. Tensiones y configuración de estilos en la antropología sociocultural colombiana. *Revista Colombiana de Antropología* 43: 9-32. Disponible en <https://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2009/10/naciocentrismo.pdf>
- Jimeno, Myriam. 2011. *Kitek Kiwe. Resentamiento del Naya: nuestra memoria*. Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia, USAID y Cabildo Indígena Nasa Kitek Kiwe. Disponible en <https://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2011/05/kitek.pdf>
- Jimeno, Myriam. 2014. *Juan Gregorio Palechor: the story of my life*. Durham y London: Duke University Press
- Jimeno, Myriam. 2019. *Cultura y violencia. Hacia una ética social del reconocimiento*. Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Myriam. 2025. “Los funcionarios de reforma agraria y la emergencia del campo étnico indígena en Colombia”. En: Edviges Marta Ioris; Ricardo Verdum y João Pacheco de Oliveira (orgs.) *Etnografia, compromisso e colaboração: desafios para uma antropologia contemporânea*. pp. 133-173. Brasília: ABA Publicações.
- Rappaport, Joanne. 2021. *El Cobarde no hace historia. Orlando Fals-Borda y los orígenes de la investigación acción participativa*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Tattay Bolaños, Pedro. 2012. *Kitek Kiwe, nuestra memoria*. Documental disponible en https://www.youtube.com/watch?v=L1PN4_FEeO0le